

se, preexistirse, nada en él que no esté marcado con el sello de la divinidad, y que no me obligue á proclamar con la soberanía de la certidumbre aquellas otras palabras de S. Pablo: *Jesucristo existia ayer, existe hoy y existirá por los siglos de los siglos.* (1)

CONFERENCIA

CUADRAGESIMA PRIMERA.

DE LA PREEXISTENCIA

DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Vivir y sobrevivirse no es todo lo que constituye la vida, tomada esta palabra en su significacion mas estensa; el tercer acto de la vida, que es el primero en el orden del tiempo, es preexistirse. Todo ser, ecepto Dios, se preexiste en su germen; y el hombre en particular se preexiste en sus ascendientes. Ninguno se eleva en el mundo sin que su reinado haya sido preparado de antemano, y cuanto mas importante es el destino que la Providencia le proporciona, tanto mas importante es en sí misma la accion preparadora de sus progenitores. Jesucristo en cuanto hombre, debia pues preexistirse á la manera de los hombres, y como superior por su destino á todos los hombres, debia preexistirse en una forma eminente propia de él solo. A sí es que he observado ya desde un principio que él únicamente entre todos los grandes hombres, posee una genealogia auténtica que sube hasta el padre del género humano, y que es sin contestacion, el primer hidalgo del mundo.

(1) Epistola á los Hebreos, Cap. 13. ver. 8.

Es muy poca cosa, convengo en ello; por lo mismo su preexistencia no debe limitarse á esto.

Los antepasados, acabo de decirlo, son proporcionados á la posteridad. Cualquiera que no tenga antepasados, no tendrá posteridad, y esto os esplica la fragilidad de las doctrinas que veis aparecer y desaparecer incesantemente. Comienzan con el hombre que las anuncia, y comenzando con él, mueren con él tambien. Luego que un hombre sin antecedentes en su palabra, un hombre recién venido al mundo, se atreve á presentar á la humanidad doctrinas que él llama nuevas, esta palabra sola es la profecía de su impotencia y el signo de su condenacion. Porque si las doctrinas cuyo honor se atribuye tubieran importancia, le habrian inevitablemente preexistido, y cuando mas seria el renovador de ellas; decir que una cosa importante comienza en uno mismo, es tomar la nada por punto de partida, por horizonte y por fin.

Mas si los antepasados son proporcionados á la posteridad, se sigue de esto que Jesucristo ha debido preexistirse en los suyos con una incomparable grandeza. Y para hablar con precision, pues que Jesucristo ha tenido por posteridad la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos posteriores á él, ha debido tener por antepasados la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos anteriores á él. Siendo la Iglesia católica el fruto de su venida, es necesario descubrir antes de ella alguna cosa que prepare dignamente la Iglesia católica, y que contenga á Jesucristo entre un pasado y un por venir no iguales el uno al otro, pero si de tal modo equilibrados que lo que ha habido antes de él esté fuera de comparacion con todo, asi como lo que ha habido despues de él está fuera de comparacion con todo. El pueblo judio, Señores, llena estas condiciones. Él ha sido la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos que han precedido á Jesucristo, como la Iglesia católica es la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos modernos; y asi como Jesucristo es el alma de la Iglesia católica, donde se perpetúa

su vida, ha sido tambien el alma del pueblo judio, en quien se ha preexistido. Yo debo demostraros esta doble proposicion, y acabar asi de acumular sobre la cabeza del Redentor todos los rayos promulgadores de su divinidad.

Que el pueblo judio sea la mas grande obra social y religiosa de la antigüedad, no creo que me costará mucho trabajo hacerlo ver. Comencemos por su superioridad bajo el aspecto social. La legislacion es el primer elemento de la vida de un pueblo, y en la legislacion, el primer punto que hay que considerar es la constitucion misma de la ley. Pues bien, la ley hebraica tiene dos caracteres que no pertenecen sino á ella sola, y que la ponen fuera de toda comparacion: la universalidad y la inmutabilidad. Ella tiene por base alguna cosa universal, á saber: las relaciones generales del hombre con Dios y con la humanidad. Las tablas del Sinai, que son su prólogo y su pagina fundamental, subsisten aun hoy dia como la mas memorable espresion de todos los grandes deberes; y la Iglesia católica, aun despues de la promulgacion del Evangelio, no ha podido sustituir al Decalogo, nada que haya juzgado digno de hacerlo olvidar. Esos diez preceptos son la base de la moral cristiana como eran la base de la moral hebraica. En segundo lugar, la ley judia, aunque conteniendo todo el orden político, civil, criminal, comercial, judicial y hasta el ceremonial, cosas esencialmente variables por su naturaleza, ha estado dotada de una inmutabilidad de que no hay ejemplo en ninguna otra legislacion sea cual fuere. El poder legislativo de los hebreos ha comenzado y ha concluido en Moises. Mientras que toda sociedad humana tiene en su seno un poder legislativo permanente que deroga, añade, corrige segun los tiempos y las necesidades, y un poder legislativo ecepcional que se estiende hasta reformar la constitucion misma conmovida por la revolucion de las costumbres, el pueblo judio, desde Moises, se ha contentado respecto á su ley con una simple facultad reglamentaria. La mano que habia gravado las tablas del Sinai y escrito esa basta legislacion comprendi-

da en el Pentateuco, se ha considerado bastante fuerte para constituir perpetuamente á todo un pueblo, cualquiera que fuese el tiempo de su duracion, y tres mil años transcurridos sobre su obra no le han dado una sola vez el mas ligero mentis. Nosotros, Señores, podemos mejor que nadie, despues de los cincuenta últimos años de nuestra historia, apreciar el genio sobrehumano de semejante fundacion.

Hemos hablado de la constitucion de la ley, siguese ahora hablar de la constitucion de la autoridad, que es una condicion indispensable en toda legislacion; porque la autoridad es el custodio vivo del testo muerto de la ley. Y cual era entre los hebreos la constitucion de la autoridad? Se ha dicho frecuentemente, si no me engaño, que era teocratica: este es un error. Desde los primeros tiempos, Moises y Aaron dividen el poder, aquel gefe militar y civil, este gefe religioso, y esa distincion entre el orden temporal y el orden espiritual, profundamente trazada por el doble recuerdo del legislador y del pontifice, se perpetúa al través de toda la historia del pueblo judio, á pesar de la reunion accidental de toda la autoridad en una misma mano. Si el pontificado y la suprema magistratura se confunden en Samuel, se separan en los tiempos de David y de los Reyes; si se vuelven á encontrar reunidos despues de la cautividad, se separan nuevamente antes de Jesucristo. La sociedad hebraica, como la sociedad católica, estaba fundada sobre la distincion entre el poder espiritual y el poder temporal, distincion sin la cual ningun pueblo podria conservar en su seno ni la verdad ni la libertad. No la verdad, porque siendo de un orden superior, no puede mantenerse bajo una dominacion transmitida de un modo puramente humano; no la libertad, porque concentrándose todas las fuerzas sociales y regulares bajo el imperio de un solo pensamiento y de una sola accion, llega á ser imposible á todo hombre, sea el que fuere, defender su debil personalidad contra la inmensa personalidad del Estado. El pueblo oprimido bajo el peso de una espantosa unidad, se agitará sin duda co-

mo el gigante bajo el peso del Etna; mas no estando su fuerza reunida en una organizacion estable y reconocida, sus movimientos no serán mas que vanas revueltas, ó si llega á trastornar el órden que lo abrumba, su victoria misma le costará aun su libertad, porque destruir el órden es tambien destruir la libertad. Por la division del poder en dos ramas que no son enemigas, que ni siquiera son rivales, tanto asi difieren sus atribuciones, el pensamiento obtiene un apoyo pacífico contra la fuerza, el derecho contra la opresion, y la sociedad, á pesar de sus vicisitudes, conservando su unidad sin violencia, llena de un modo regular sus destinos en el tiempo y para la eternidad.

Con todo eso, este órden admirable no ha podido establecerse en ninguna parte, sino en el pueblo judio y entre los pueblos totalmente cristianos, es decir católicos. En los demás, no ha dejado el Estado de absorber á toda la naturaleza humana en su voráz unidad. Y no hay por que pasmarse de esto, Señores; pues que siendo el poder espiritual por su esencia misma un poder desarmado, Dios solo es capaz de comunicarle la fuerza interior que necesita para resistir pacíficamente al poder temporal. En donde Dios no está, la intriga, la bajeza, el temor, han subordinado, bien de prisa, el espíritu á la materia, y el órden espiritual, si acaso existe, no es mas de un vil fantasma á quien el Estado deja una caña por cetro, el menosprecio por guarda y algunos dineros por salario. En tanto pues que el pueblo judio, asi como las naciones católicas, ha poseido la prerogativa de un verdadero poder espiritual, ha estado marcado con un carácter de preeminencia, que ningun otro pueblo puede disputarle en los tiempos anteriores á Jesucristo.

La constitucion de la familia no era menos notable en el pueblo judio que la constitucion de la ley y de la autoridad. Las personas cuya union compone la familia, y que podrian llamarse las personas domésticas, á saber: el padre, la madre, el hijo y el criado, estaban en relaciones llenas de órden y de

equidad. Moises, es verdad, no habia sustituido formalmente la unidad del lazo conyugal á la poligamia de los orientales, pero habia insinuando su práctica estableciendo la facultad del repudio en ciertos casos, prohibiendo á los reyes futuros de Israel tener un gran número de mugeres á manera de los príncipes del Oriente, y no suponiendo sino una sola vez en toda su legislacion, que un hombre pudiese tener dos mugeres. Asi que, dejando á parte algunos ejemplos singularizados en la santa Escritura, la familia hebraica aparece á nuestra vista, bajo este aspecto, en un estado análogo al de la familia cristiana. La unidad del matrimonio prevaleció por las costumbres. La autoridad del padre sobre el hijo era grande, sin llegar hasta el derecho de vida y muerte que hacia con demasiada frecuencia de la paternidad antigua un oficio de verdugo. El criado pertenecía á la familia por una convencion voluntaria; ningun hebreo podia ser esclavo de otro hebreo, y aun el contrato de un servicio perpetuo no era permitido por la ley, sino despues de una prueba de siete años. Solo el extranjero, por derecho de represalias, era susceptible de la esclavitud propiamente dicha, y aun esta esclavitud, mantenida en ciertos límites, estaba lejos de arrastrar en pos de sí, ese desprecio y ese abuso del hombre que observamos entre los pueblos anteriores á Jesucristo. Todas las familias judias estaban distribuidas en doce tribus correspondientes á los doce patriarcas hijos de Jacob, y formaban de la nacion doce grandes familias, unidas por la caridad de una misma sangre, tanto mas fuerte, cuanto que corria del mismo padre por doce fuentes muy faciles de conocer. Nada en la antigüedad es comparable á la constitucion de la familia hebraica.

Lo mismo puede decirse de las bases sobre que descansaba el sistema de la propiedad. Las casas y las tierras no podian enagenarse sino por un periodo de cuarenta y nueve años: despues volvian al antiguo poseedor ó á sus herederos. Esta singular disposicion tenia por objeto prevenir la ruina de las familias y la desigualdad demasiado grande de las fortunas, sin impedir, no obstante, el movimiento necesario del comercio

y de la industria. El hombre rico compraba del hombre desgraciado ó culpable todo ó parte de su patrimonio, gozaba de él medio siglo; pero el hijo ó el nieto del propietario despojado conservaba en su corazón la esperanza de volverse á sentar debajo del techo y debajo del árbol de sus antepasados. Por otra ley no menos digna de atención, las tierras no debían ser sembradas sino seis años sobre siete; descansaban el año séptimo, y todos los frutos que producían naturalmente en un país cargado de viñas y de olivares, pertenecían á los pobres como su parte en el patrimonio común de Israel.

Tal era en las cosas mas fundamentales, la famosa legislación de Moisés, cuyo bronce invulnerable han respetado los siglos, y ha colocado á ese grande hombre á la cabeza de todos los que han tenido lo rara felicidad de dar leyes á las naciones.

Pero la legislación no es mas que el primer elemento de la vida de un pueblo; el arte es el segundo elemento de ella. La legislación clasifica á un pueblo en el orden de las acciones, el arte determina su rango en el orden de los pensamientos y de su expresión. Cuanto mas grande es el pensamiento, tanto mas grande es el monumento que edifica en el exterior, y que lo hace subsistir aun despues que ha tenido fin en la inteligencia en que fue concebido. Ahora bien, el monumento del pensamiento hebraico es un libro que hace parte del libro por excelencia, un libro que sirve de prólogo al Evangelio, y que en esa ilustre cercanía se hace respetar como el pedestal perfecto de una estatua sin tacha. Como historia, la Biblia hebraica precede á todas las historias por la antigüedad, enlace y autenticidad de la suya; ella sola sube á la cuna del género humano y pone la primera piedra de todo el edificio de lo pasado. Como recopilación jurídica, no tiene igual en ninguna de las colecciones que contienen las leyes de los grandes cuerpos políticos. Como filosofía moral, opone sus libros sapienciales á todas las máximas de los sabios de mas nombradía, y se siente en ellos la presencia de Dios que eleva el al-

ma sobre el alcance natural de la razón. Como poesía, tiene los cantos de David y de los profetas, repetidos despues de dos ó tres mil años por todos los ecos del mundo cristiano, y creadores de una lengua que se ha infiltrado en todas las lenguas humanas para alabar y bendecir á Dios. Los otros pueblos han tenido historiadores, jurisconsultos, sabios, poetas, mas deben considerarse como aislados y formando una gloria privada, el pueblo judío ha sido el historiador, el jurisconsulto, el sabio, el poeta de la humanidad.

Su territorio correspondia tambien al puesto eminente que le vemos ocupar. Habia recibido, para sostener y alimentar su cuerpo, una tierra ilustre al igual de su legislación y de su arte. Si echais una mirada sobre un mapa-mundi, advertireis con facilidad un punto que es como el centro del Asia, del África y de la Europa; que bañado por las olas del Mediterraneo, toca por medio de ellas los climas rigurosos y moderados donde se agita con toda la plenitud de la actividad humana la raza enérgica de Jafet; mientras que, por otro lado, el Eufrates y el mar Rojo abren á sus habitantes el rumbo del oceano indico, y les dan lugar para que busquen bajo las zonas ecuatoriales esas riquezas maravillosas que explotó Salomón, que Alejandro quiso ver, que los romanos ambicionaban, que la edad media descubrió de nuevo, y que el poder británico guarda al presente con tanto cuidado. Muy cerca de este punto favorecido de la tierra, descubriréis á Menfis, el Nilo, las Pirámides, y desiertos sublimes rebeldes hasta el día á la mas animosa curiosidad, á fin de que teniendo esas playas puertas abiertas sobre todo, tubiesen tambien puertas cerradas para todos. Allí han aparecido todos los conquistadores como llamados á una cita inevitable indicada por la naturaleza y por Dios. Las primitivas monarquías de Assur y de la Caldea enviaron á ese país constantemente sus generales; Alejandro fue detenido al frente de Tiro, y vino á leer en Jerusalem la historia de sus triunfos escritos de antemano, como los de Ciro; los que le sucedieron se disputaron con encarnizamiento ese resto de su corona; los romanos toma-

ron posesion de él; la edad media mandó allá toda su caballería por espacio de doscientos años; Napoleon hizo lucir allí sobre la arena el brillo de su espada; en fin ahora mismo, los últimos cañonazos tirados por la Europa han despertado los antiguos ecos de esa tierra clásica, y el dedo escrutador de los que observan el porvenir la ha señalado como el campo futuro de los combates reservados á nuestros descendientes. Habeis nombrado la Siria, Sres., y con ella el territorio que fue dado al pueblo judio como complemento temporal de las gracias magníficas que habia recibido en el orden del espíritu.

Sin embargo, Sres., un pueblo no es conocido todavia cuando se conoce su territorio, su arte y su legislacion; es preciso ademas conocer su historia. La historia de un pueblo es la série de las acciones ejecutadas por él para conservar sus leyes, sus pensamientos, sus costumbres, su suelo, todo lo que constituye, en suma, su vida propia y su civilizacion. Cuanto mas espléndidamente ha sido dotado, tanto mas deudor es hácia Dios y los hombres de los sacrificios que debe hacer en defensa de los dones que no son solo su patrimonio personal, sino que forman parte de la dotacion general de la humanidad, y que entran en los planes por los que la Providencia conduce todas las cosas á su fin. Y segun que un pueblo desempeña bien ó mal esa gran tarea, deja señalado en la historia el grado de su deshonor ó el grado de su ilustracion. Asi, Sres., qué es lo que constituye la dignidad de nuestra historia, entre los franceses? La constituye el que habiendo recibido de Dios un territorio que es el corazon de la Europa, lo hemos tenido bajo una guarda fiel hace mil cuatrocientos años, sin permitir á nadie mas que á nosotros mismos poner el pié entre los Alpes y los Pirineos; el que habieudo recibido, entre todas las naciones bárbaras, las primicias de la fé católica, hemos conservado su depósito hasta el fin, no dejando ni corromper por la heregía, ni trastornar por la duda, el reino primogénito de la cristiandad; por último, el que habiendo recibido la monarquía mas antigua y mas libre de la Europa, hemos conserva-

do en ella en un equilibrio feliz, aunque frecuentemente agitado, el doble espíritu de la autoridad y de la libertad, incapaces igualmente de soportar la anarquía ó el poder absoluto. Nosotros, en una palabra, hemos mantenido en el cuerpo de la Europa una tierra de fé, de orden y de libertad.

El pueblo judio tenia mas grandes deberes aun y una posicion mas peligrosa. Debil en número y colocado sobre un rincon de tierra que provocaba por su situacion á todos los imperios vecinos, debia proteger contra ellos, con su independencia, leyes y tradiciones con las que se ligaban los destinos de todo el universo. Ningun pueblo encargado de un depósito mas precioso con condiciones mas desfavorables, ha mostrado en defenderlo, una tan notable como perseverante magnanimidad. Seria una ceguedad no verlo, una ingratitud no decirlo. Nínive, Babilonia, Memfis, conjuraron sucesivamente y algunas veces juntas, la pérdida de ese puñado de israelitas; ejércitos innumerables, conducidos por reyes poderosos han invadido su territorio y puesto sitio á su capital; victoriosos frecuentemente, han pagado tambien con frecuencia su gloria al precio de los mas sangrientos reveses. Diez de sus tribus, reducidas á la cautividad han desaparecido de la historia; las otras dos han seguido mas tarde ese mismo camino de un destierro del que las naciones no vuelven. Mas setenta años de infortunios lejos de su patria no han rendido el corazon de los cautivos; ellos han penetrado por la ciencia y la belleza en el palacio de los reyes y gobernado á sus vencedores. Ciro los pone en libertad, Alejandro los visita, y cuando del fondo del Asia, una persecucion nueva y mas terrible lleva á su templo la desolacion de la impiedad, suscitan de su seno, para salvar la patria y la Religion, esa raza de los Macabeos, cuyo nombre ha llegado á ser para los pueblos oprimidos por los mas fuertes, el nombre mismo del valor y del derecho. Y este espectáculo heroico, Sres., ha durado mil y quinientos años! Mil y quinientos años consecutivos se ha sostenido Israel contra los grandes imperios del mundo, y cuando Roma en fin hubo dominado

y sometido todo, cuando la tierra callaba en su presencia después de más de un siglo, Israel todavía le disputaba en los valles y en las montañas de la Judea los restos de su libertad. Fue necesario que Roma enviase sus legiones y sus capitanes contra tan memorable obstinación, y Jerusalén sitiada aun otra vez, lanzó hasta el cielo en una defensa implacable, el último grito generoso que debían oír los romanos.

Ha fenecido, Sres.? Ese pueblo sin territorio y sin príncipes ha ido á morir oscuramente sobre la vasta superficie por donde lo dispersó la voluntad medrosa de sus vencedores? Para cualquier otro, en verdad, la hora de la muerte había llegado. Mas él se acuerda de los días de su cautividad, cuando colgaba su harpa en los sauces de Babilonia, para no cantar á los extranjeros los cánticos de Sion; como había llevado entonces sus tradiciones y sus leyes para serle un principio eterno de vida, las lleva de nuevo por toda la tierra. Pide su subsistencia al trabajo, su dignidad á la memoria de sus antepasados, su consuelo al Dios que lo había sacado del Egipto por medio de Moisés y de la Caldea por Ciro, y que podía de un día á otro volverlo á llevar á esa Jerusalén levantada ya de sus cenizas y que había llegado á ser el objeto de los combates de toda la cristiandad. Vive ese pueblo que su fundador llamaba pueblo duro, y que, en efecto ha opuesto á la desgracia un alma de granito, vive todavía y vive en todas partes. Desheredado de su suelo, busca en el comercio esa riqueza mueble que se oculta más pronto de lo que la persecución se muestra, y vemos á los reyes, tributarios de su actividad, recurrir sin avergonzarse, para la ejecución de sus designios y para el engrandecimiento de su gloria, á la bolsa de algún hebreo. Todavía Israel vive; vive después de diez y siete siglos sin jefe, sin templo, sin territorio, frecuentemente perseguido, pero teniendo consigo, como en Jerusalén, sus antiguos é inalterables pensamientos, teniendo más que entonces la gloria única de subsistir por una fuerza interior que nada sostiene en el exterior, y que se alimenta en el altar mis-

terioso de un pasado sobrehumano. No veis que os desprecia? que él solo entre las naciones cuenta cuatro mil años de duración? que nada presagia el fin de tan grande escándalo contra la naturaleza de las cosas? Cavad su tumba, si podeis; selladla de la manera más firme; poned guardias en su derredor: no hará más que reír y levantarse, probándoos de nuevo que vive con un alma que vosotros no teneis, y que la materia nada puede contra el espíritu.

Tengo, Sres., el derecho de concluir, que el pueblo judío, bajo la relación social, es el más considerable monumento de los tiempos anteriores á Jesucristo. No lo es menos bajo el aspecto religioso, y en este punto no tendré necesidad sino de muy cortas observaciones.

Mientras que todos los pueblos estaban sumidos en las tinieblas de la idolatría, Griegos, Romanos, Asirios, Egipcios, ese pequeño pueblo adoraba un solo Dios, y la antigüedad hablaba con asombro del templo vacío de Jerusalén, dando á entender que Dios no estaba representado en él por ninguna imagen capaz de hacer impresión sobre los sentidos. No porque esta representación sea en sí misma un mal cuando no hiere el verdadero carácter de la Divinidad; mas los hebreos tenían tal horror de los ídolos, que más bien habían querido, según las órdenes de su legislador, dejar á Dios en su templo en su absoluta invisibilidad, que esponer su fé al encanto seductor de algún simulacro. Porque la idolatría no consideraba los simulacros como meras representaciones, sino que les daba un verdadero culto, sin hacer referencia á la divinidad, y los judíos sucumbieron frecuentemente á esa tentación. Mas no obstante volvían siempre al Dios de sus padres que no había tenido otros adoradores sino á ellos solos.

Los hebreos tenían de Dios, por el dogma de la creación, una idea que los separaba totalmente de los idólatras. Estos no fijaban su atención en la existencia del universo, ó si acaso trataban de penetrar su secreto, lo creían sin dificultad contemporáneo de sus Dioses, concediéndoles á los mismos Dio-

ses una accion secundaria cuando mas sobre la sustancia universal. El pueblo judio tenia una doctrina diametralmente opuesta, espresada desde la primera página de sus libros sagrados por aquella sublime frase: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra* (1) Aun cuando no hubiera poseido mas que esta sola frase doctrinal, habria sido mas rico en saber relativamente á Dios, que todas las escuelas y todas las religiones de la antigüedad. En una palabra, el pueblo judio era el único pueblo antes de Jesucristo que tenia una nocion clara de la divinidad y que le tributaba un culto exento de los sueños pueriles de la imaginacion y de las torpezas de una voluptuosidad desvergonzada. Podemos pues afirmar, que bajo el punto de vista religioso, y bajo el punto de vista social, la nacion hebraica era el mas considerable monumento de los tiempos anteriores á Jesucristo.

Digo mas, que Jesucristo era el alma de esa nacion y que se preexistia en ella por una vida que vamos á manifestar.

Ya debiera estar cansado, Sres., de señalaros las singularidades del pueblo judio. Sin embargo hay una que sobrepuja á todas las otras y de la cual nada he dicho todavia: hablo de la idea del Mesias que circulaba en las venas de ese pueblo como su sangre mas pura, y sin la que es imposible explicar ni su fé ni sus destinos. La idea del Mesias se componia de cuatro elementos. Bajo su influencia, el pueblo judio creia en primer lugar, que llegaria dia en que el Dios único y criador adorado por él, seria el Dios de toda la tierra. Creia ademas que esa revolucion se ejecutaria por un solo hombre llamado el Mesias, el Santo, el Justo, el Salvador, el Deseado de las naciones. Creia que este hombre seria judio, de la tribu de Judá y de la casa de David. Creia en fin, que este hombre predestinado padeceria y moriria para consumir la obra de regeneracion que la Providencia le habia encargado.

Que esta fuese la fé del pueblo judio, es facil asegurarse de

(1) Génesis, Cap. 1, ver. 1.

ello con él mismo, pues que está vivo aun, y porque á pesar de cuatro mil años de una expectativa que á su entender no se ha realizado todavia, no ha cesado de prestar un imperturbable testimonio á la esperanza de sus antepasados. Pero no nos contentemos, Sres., con su palabra presente; abramos los monumentos de su historia, y sigamos allí los progresos de la idea del Mesias por en medio de las principales fases que señalan el desarrollo de la nacion misma, tales como su origen, su formacion en cuerpo de pueblo, el punto de su madurez, su decadencia, su cautividad, y su renacimiento al pié del segundo templo edificado por Zorobabel.

Transportemonos á los campos de la Caldea con Abraham, y oigamos la primera palabra que fue como la semilla de la raza hebraica. Observad, Sres., que no se trata ahora de saber si esta palabra es verdadera, si ha sido dicha por Dios; se trata solamente de hacer constar la idea que el pueblo judio tenia de sí mismo y de su mision sobre la tierra. Que se engañase en esta idea, es otra cuestion que examinaremos despues.

Dios segun los monumentos hebraicos, dijo á Abraham: *Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ve á la tierra que te mostraré. Y hacertehe padre de un gran pueblo, y te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y serás bendito. Bendeciré á los que te bendigan, y maldeciré á los que te maldigan, y en tí serán benditos todos los linajes de la tierra.* (1) De esta suerte, á un mismo tiempo y de una manera inseparable, dos mil años antes de Jesucristo, tubieron su origen el pueblo judio y la idea del Mesias, idea que lleva consigo una bendicion que se ha estendido sobre todo el universo.

Abraham sale de la Caldea y va á establecerse en la tierra prometida á su posteridad. Aguarda allí hasta una edad centenaria el hijo á quien debe transmitir la herencia del Mesias: le es dado este hijo, y cuando el niño llega á toda la gracia de su juventud, Dios exige del patriarca que se lo sacrifi-

(1) Génesis, Cap. 12. vers. 1, 2, 3.